

# **Masacre en Nueva York**

**Una historia del detective Cutfield**

por David J. Skinner

## ÍNDICE DE CAPÍTULOS

La escena del crimen

Un motel en Chinatown

La rubia

Drogas y asociaciones

Reflexión nocturna

El chantaje

Una rata pelirroja

El pago

Un almacén en Harlem

Una casa en Jersey

La verdad

Epílogo (el puro de la victoria)



## **LA ESCENA DEL CRIMEN**

El detective cerró la puerta tras de sí, sin girarse. Lo que acababa de ver en aquella habitación hubiera hecho vomitar al más aguerrido agente de la ley y, de hecho, él notó un par de arcadas al contemplar la dantesca escena. Sacó su libreta y anotó un número; un simple número.

Nueve.

Sí, era la novena víctima y, como el resto, la chica tenía los miembros en posiciones imposibles, la cabeza volteada casi hasta la espalda, y una marca grabada sobre su pecho con lo que probablemente había sido un machete. Como las otras. Rezó en silencio por que, en esa ocasión, la joven estuviese muerta antes de que comenzara el suplicio, aunque lo cierto es que lo dudaba. El forense afirmaba categóricamente que, las otras ocho veces, las

víctimas estaban vivas mientras sus huesos crujían y se partían; mientras el frío acero hacía brotar la sangre caliente de sus cuerpos. Morían cuando su cuello giraba más de lo que sus columnas soportaban.

El sargento le miró con curiosidad, esperando tal vez una reacción suya más esperpéntica, menos calmada.

—Igual que las otras —dijo Cutfield para sí mismo, en voz alta, mientras se preparaba para encender un cigarrillo—. Si el *hijoputa* ha sido tan cuidadoso como siempre, no encontrarán ni un jodido pelo suyo.

—¡Cutfield!

Se volvió en la dirección de la que venía la voz. Era Jonathan Landers, ayudante del alcalde y viejo conocido suyo desde hacía demasiado tiempo. Landers gesticulaba exageradamente, intentando demostrar lo poco adecuado que resultaba fumar

en aquel sitio.

Cutfield, por supuesto, pasó el fósforo por una de las paredes del lugar, haciendo que prendiera. Luego, la acercó a su cigarrillo.

–Habéis sido vosotros quienes me habéis traído –respondió, adelantándose a la inminente bronca del ayudante del alcalde. Dio una amplia calada antes de seguir hablando–. ¿Alguna información más que se te haya olvidado contarme?

–Estamos bien jodidos, Cutfield. Ya hemos sido portada del *Sun*; después de hoy, no me extrañaría que saliéramos en la primera página del *Times* también. ¿Sabes quién era?

Landers señaló hacia la puerta cerrada.

–¿La hija de un reportero? –soltó Cutfield, con una media sonrisa en el rostro. A Landers no le hizo la menor gracia.

–Era la *amiga* del alcalde, gilipollas –le dijo Landers al oído, aunque el detective pensó que,

seguramente, todos los presentes estaban al corriente de aquello menos él—. Hylan está de los nervios; si los periódicos se enteran...

—De todas formas, yo no le voté. —Tiró el cigarrillo, aún a medias, y continuó—. Los líos políticos, o los líos de los políticos, no me importan una mierda, Landers. Lo que sí me preocupa es que aparezca otra chica... así.

—Ayer por la tarde tuvo un encuentro con Hylan —comenzó a contar el ayudante—, en un motel de Chinatown. Esa fue la última vez que se la vio con vida. Si yo fuera tú, empezaría por ahí.

—Si yo fuera tú, Landers, tendría menos pelo, más mala leche, e incriminaría al alcalde con mis declaraciones. Tenemos suerte de que yo sea yo, y tú seas tú. Mejor que no vuelvas a decirle a nadie que Hylan fue el último en ver a la chica con vida.

Landers enrojeció, aunque se mantuvo en silencio. El detective, tras una pequeña pausa, se

puso a anotar los datos que el otro le iba dando. Al parecer, el nombre de la novena víctima era Christine Stonewell, originaria de Battle Creek, Michigan –sí, donde los cereales–. No quiso saber la edad, ni tampoco salió de Landers el decirlo, aunque estaba claro que no había cumplido los veintiuno.

El nombre del motel no le resultó conocido, a pesar de que Chinatown era una de las zonas que más visitaba de Manhattan. No olvidó apuntar que Hylan dejó la habitación sobre las siete de la tarde, y que Christine se quedó dentro. Si no se tratara del puto alcalde de Nueva York, a esas horas ya estaría entre rejas, pues todos los datos le situaban como principal sospechoso del crimen.

–Si aparece otra chica muerta, me colgarán de las pelotas –dijo Landers, para finalizar–. Y te aseguro que no pienso caer solo.

–Sí, estoy convencido de que Hylan también

caerá contigo, Landers. A él, claro, quien le colgará de las pelotas será su mujer cuando se entere de su afición por las jovencitas.

Cutfield se dirigió a la puerta de entrada de la casa, encendiendo un nuevo cigarrillo antes de abandonarla, y sin observar —aunque intuyendo— la cara del ayudante del alcalde.